
La vida de las religiosas

Jean Pierre Peter

Este ensayo sirve de prefacio al libro de Odile Arnold, *El cuerpo y el alma. La vida de las religiosas en el siglo XIX*, publicado por Éditions du Seuil, 1984. Traducción Marcela Dávalos.

Al tomar este libro entre las manos podríamos esperar encontrar en él imágenes piadosas un tanto descoloridas. Ocasionalmente encontraremos, en la sombra de un pasillo, miradas cabizbajas. En otros momentos nos llegará, del fondo de un jardín discretamente suntuoso, el casto murmullo de voces apagadas. Dulzura, tranquilidad, modestia. ¡Pues no!, no es ni tan simple ni tan claro. Este estudio, que abre un mundo aparentemente familiar y recuerda de paso cosas bien conocidas, nos hace en verdad atravesar las fronteras de la extrañeza. Trata de violencia y desgarramientos; contradicciones e imposibilidades; alegrías centelleantes y dolores extremos; grados absolutos de la vida y de la muerte.

Visto así, esto parece excesivo, singular. Pero veámoslo más pausadamente.

Las religiosas de las que hablan los libros, ya sean científicos o de esparcimiento, generalmente se representan con fines edificantes; o son todas blancas o todas negras. Lo más común es encontrar en ellos una causa devota que busca figurarlas como las "santas hijas", no sin monotonía. Sin embargo la visión contraria también ha sabido ponerlas a combatir; desde *La Religiosa* de Diderot, los conventos han dado pretexto a argumentos indignantes y compasivos. En uno y otro caso el propósito doctrinario ha impuesto clichés. Por lo tanto, lo más auténtico, simple y necesario que la experiencia de esas mujeres contiene, se encuentra obliterado, es decir, seriamente desconocido, por no decir despreciado.

Es virtud del libro que vamos a leer, por el contrario, manifestar toda la diversidad viviente de esos itinerarios múltiples; percibir, bajo apariencias convencionales, el muy alto grado de diferenciación de esas vidas y el intenso esfuerzo que desarrollan para enfrentarse al misterio del ser; tales vías son muy sufridas. Y es por fuerza natural que algunas de esas mujeres se hayan desgastado, o bien que hayan renunciado, para conformarse con una religiosidad dulzona. Otras, a la inversa, se ofrecieron plenamente (y quizá con mucho gusto) al sufrimiento, hasta el sacrificio completo. Todas las imágenes son posibles; y éste, que es tan

sólo uno de los atractivos menores del libro, lo llena de situaciones, episodios y diversas miradas que Odile Arnold con su particular talento para investigar, supo descubrir y evocar a través de un amplio muestreo de rarísimas biografías del siglo XIX, publicadas en aquel tiempo sin escándalo y completamente olvidadas desde entonces.

Una cosa me llama la atención primeramente: constatar cuánto pertenecen estos textos a su época. Decirlo resulta ciertamente banal, pero descubre hasta qué punto se conciliaban el difícil estatus de la religiosa y aquel que, de todas maneras, el siglo dictaba al conjunto de las mujeres. Cuánta desconfianza hacia todas ellas y cuánta sujeción se ensañó al imponérselas. Iglesia, código civil, padres y cónyuges: los poderes se dedicaron unánimemente a controlar a las mujeres que tenían respectivamente bajo su autoridad; vigilaron atentos para convencerlas de que ellas no sabrían —ni por naturaleza ni por derecho— escapar a su estado de perpetuas menores.

Aquí conviene recordar el esfuerzo insistente y constante de la medicina de aquel tiempo, por fundar en un orden biológico las justificaciones de esas creencias interesadas. Tenemos que darnos cuenta del eminente lugar que tuvieron, en esa era científica, aquellos científicos volcados hacia el bien público: los médicos, garantes de las normas de la vida y sacerdotes de una nueva iglesia, racional. Con todo su peso científico y moral trabajaron para garantizar un discurso reductor referente a la diferencia radical de las mujeres en cuanto a su fragilidad física y mental y su inferioridad connatural.¹ Reducidas estrictamente a su fisiología particular, y por ella a lo genital, a sus ciclos y riesgos; definidas completamente por eso, su constitución, fueron vistas como semi-enfermas, muy raras o un tanto monstruosas ¿la norma y el equilibrio humanos no eran propios del orden masculino? De ahí la necesidad de controlar a las mujeres, de dominar su naturaleza siempre peligrosa, inquietante, y al mismo tiempo, mantenerlas encerradas en esa misma naturaleza.

Llegando a este punto encontramos dos vertientes del discurso: había que sujetarlas a una perpetua maternidad (en la dependencia y la fecundidad) o anularlas (en la virginidad). En ambos casos, ellas podrían entregar toda la gracia de su femineidad misma, pero depurada, glorificada, cerrada y sumisa. En ese mundo brutal, muy material, el burgués avanzaba en sus conquistas; la mujer sierva y coronada debía hacer brillar, para la justificación espiritual del maestro y del siglo, su dulzura y sus virtudes púdicas.

Así aparece a plena luz el interés de los datos que abastecen los textos reunidos por Odile Arnold. Testimonian la extrema sujeción de la mayor parte de esas hermanas, los terribles esfuerzos sufridos por tantas jóvenes muchachas, la disposición general al sufrimiento más que al bienestar, la carga de excesivos pudores y ciertas regresiones afectivas alarmantes; pero no sólo es necesario echarle la culpa al dispositivo religioso, igualmente responsable es la coyuntura histórica. Es verdad que en este conjunto la religión entrañó su propia responsabilidad; pero ade-

Aquí conviene recordar el esfuerzo insistente y constante de la medicina de aquel tiempo, por fundar en un orden biológico las justificaciones de esas creencias interesadas.



Si bien el convento fue para ciertas mujeres tímidas o insuficientemente maduras el abrigo que permitía escapar de la vida real, conviene hacer notar cuan raros eran los lugares o situaciones en lo que ellas habrían dispuesto de medios para vencer sus debilidades.



más se apresó a sí misma. El contexto, como se ve, es mucho más amplio. Si bien el convento fue para ciertas mujeres tímidas o insuficientemente maduras el abrigo que permitía escapar de la vida real, conviene también hacer notar cuan raros eran los lugares o situaciones en los que ellas habrían dispuesto de medios para vencer sus debilidades. En todo caso, no lo era el matrimonio, donde el estado de dependencia se perpetuaba naturalmente, el que podía conducir las a convertirse en adultas. Lo cierto es que el lugar de la mujer era, en sí mismo, casi insostenible. Esto nos permite comprender, a través de varios ejemplos provistos por este libro, cómo entrar a la vida religiosa, lejos de corresponder a una friolenta debilidad, fue para muchas el medio de una afirmación muy fuerte, aunque muy particular, de sí mismas. Constituía algo así como una ruptura decisiva con un estatus humillado (caso diría yo una *rebelión* contra éste); ya fuera la vía heroica de una anulación de sí aún más radical, de una humildad absoluta, nada más que ahora en nombre de Dios.

Lo atestiguan claramente ciertas figuras que el lector pronto va a encontrar. Hay algunas personalidades excepcionales de las cuales lo menos que se puede decir es que no parecen haber sufrido ninguna carencia de carácter. Es claro que esas mujeres —de firmeza admirable y llenas de vida, generosas, conmovedoras y sensibles— encontraron en el espacio conventual las responsabilidades y la rectitud que consagraron a quien supo estimarlas, una libertad notable para dominarse, una lucidez floreciente para actuar y testimoniar su medio y su tiempo; es evidente que lo hicieron sin miras a su gloria, simplemente para atestiguar, para dar algunos frutos de verdad y bondad.

Señalemos, sin embargo (lo retomaremos después), que estos ejemplos de realización, no escasos, resultaron de una muy particular disposición. Es decir, en esas mujeres la plenitud, la fuerza y la alegría vibraban en la medida en que, aceptando sufrir, llegaban al extremo de la renuncia; desprendidas de ellas mismas, voluntariamente apagaban todo brillo de sí: y entonces resplandecían . . . alianza de los contrarios. Frecuencias antinomias de este género marcan el universo de los conventos, especialmente las relaciones entre el rechazo voluntario del mundo y la influencia del siglo; estos casos son interesantes y ameritan ser descifrados.

Partamos del vestido. Odile Arnold nos narra cómo el hábito de las religiosas servía para “amortajar al cuerpo y al ser interior en el olvido y el anonimato”. Duplicaba, por tanto, en el orden visible, el ascetismo del silencio y la reclusión. Despojamiento, desaparición: se trataba de no ser nada.

Pero al llegar a este punto algo embrolla el sentido y nos deja perplejos. Veámoslo de cerca y descubramos cómo esas conductas y esos signos de renuncia fueron al mismo tiempo confiscados por un discurso exterior que los tradujo a su voluntad. Así sucede, por ejemplo, cuando esas ropas de pobreza son llamadas las “santas libreas de Jesucristo”.² Este estilo sinuoso —que de alguna manera es el que hablaba el signo— representó al mundo que (el Evangelio lo testificaba) el mismo Jesús quiso enseñar a

los hombres a vencer. Así, en el proverbio que cité, se ve una fantasmagoría social (en ella la importancia de los poderosos, manifestada por los lujos mundanos, brilla en proporción a la cantidad de lacayos que portan libreas) y ésta capta, desplaza y corrompe el solitario esfuerzo de esas mujeres por sustraerse de vanidades y convenciones.

Percibo otras consecuencias del contagio del siglo sobre la espiritualidad. Primero en el excesivo desprecio al cuerpo y una mojigatería enfermiza, los que ciertamente tienen un origen antiguo en la historia cristiana; sin embargo, en ese momento particular los atizaba el contexto general del gran arribo victoriano. Resulta fascinante observar cómo un espíritu de exacerbada racionalidad, casi delirando, consintió con triste frenesí que su enemigo, el cuerpo, fuera pateado. Todo invita claramente a dejar que asome su punta la nariz del doctor Freud, ya que ayudaría a asir mejor el sentido de aquellas autopersecuciones que semejan un placer maligno. El vigor de las mortificaciones abre una pregunta que pasma vertiginosamente: si el amor a Dios debe ser tan terriblemente masoquista ¿quién es entonces Dios? ¿Un sádico al que colman los sufrimientos ofrecidos?

Las prácticas de este “odio santo y severo que fomentamos hacia nuestro cuerpo”³ entrañan todavía otra connotación. Algunas de las biografías aquí reunidas muestran una especie de entusiasmo hacia las producciones aflictivas; es como si estas religiosas tuvieran por fin afiliar a su activo, o acumular, el máximo de pruebas. Para algunas eliminar siempre algo de lo que la cotidianeidad disponía para los registros de la vista, el gusto, de los sonidos o de los olores; de alguna manera, hacerlos de lado tenía en vista un beneficio para el alma. Se adivina, inconsciente e insidiosamente calcada del orden material burgués, toda una “economía” aflictiva, con las categorías de ahorro, capitalización, inversión aplicadas a la moral y a lo espiritual. Nada es más contrario a la espiritualidad —obvio decirlo— que este tipo de cálculo: pero existió. Aquí descubrimos hasta dónde las tracciones del siglo pudieron amenazar a los conventos en su ejercicio de la fe. La obsesión y el rechazo del cuerpo terminaron por hacer amos de los claustros, en medio de obnubilaciones, al deseo amenazante, a la materia vergonzosa pero victoriosa, al cuerpo avergonzado, incomprendido, martirizado y, por este hecho, omnipresente, invasor. La ruptura entre el alma o espíritu y el cuerpo (vieja tentación de la filosofía occidental) fue así manipulada, yo diría que hasta envenenada. ¡Qué tristes consecuencias en el orden de la fe! Para las conciencias masculladas por esta ideología, el cuerpo no era más un templo glorioso donde habitaban el alma y su parte divina. En esta religiosidad tan pesimista para con la Creación y desertada por la esperanza, todo pasaba como si Cristo no hubiera venido jamás a rescatar y salvar; como si no hubiera anunciado la buena nueva.

Sorprendente es su negación de lo que fundamenta al cristianismo.

El conjunto de estas mujeres pagó un elevado precio por la libertad interior a la cual sólo algunas lograron acceder. Algu-

La obsesión y el rechazo del cuerpo terminaron por hacer amos de los claustros al deseo amenazante, a la materia vergonzosa, al cuerpo avergonzado, incomprendido, martirizado. . .



Todo las amenazaba, el interior de ellas mismas antes que nada.

nas se desmoronaban completamente en la prueba, sin alcanzar el puerto; no las abrumaban temores sobre ellas mismas, pues se les persuadía de su fragilidad. Podemos imaginárnoslas aterrizadas al acercarse la noche: en sus sueños una lujuria eventual podría "infectar su espíritu de malos pensamientos".⁴ Todo las amenazaba, el interior de ellas mismas antes que nada. Un Dios terrible las tenía prisioneras en los tormentos de la conciencia; un Dios admirablemente provisto de la connivencia con las necesidades de control social, las instancias tanto generales como íntimas de la vigilancia y el complejo juego de procedimientos por medio de los cuales los poderes perfeccionaban en aquel tiempo el arte de disciplinar cuerpos y almas.

Sin embargo en estas tinieblas, bajo el peso de esta teología punitiva, en una atmósfera de conductas donde el equilibrio no era la particularidad más relevante, pudieron afirmarse las personalidades y trayectos ejemplares que ya he mencionado. Ahí se sitúa, y ahí encontramos de nuevo, la extraña y muy paradójica ambigüedad que este libro y sus textos tan ricos permiten entrever. Al llegar a este punto percibo un medio para captar mejor el sentido. Este se encuentra en el interior del espacio conventual, en la suma de las series de contradicciones (o parejas de oposiciones) que atraviesan y resumen a esas mujeres y a sus vidas: sumisas y libres; apagadas y brillantes; pesimistas y alegres; abrumadas de escrúpulos, encerradas en la banalización de conductas rituales, pero frescas, creativas; heroicas pero frágiles. Esta dicotomía universal podría parecer imposible, insostenible. Pero sucede lo inverso; súbitamente se comprende que la existencia y el juego de estas partes contrarias constituyeron de hecho la ley-orgánica de este medio, estructuraron posibilidades y normas de vida. Todo sucedía ahí como si a partir del intercambio entre los términos de esos registros opuestos resultara un lenguaje del ser más adaptado, más amplio, más nutrido.

Es por esta razón que, a pesar del sometimiento, a pesar de las ideas sobre la abyección del cuerpo y del ser, a pesar de la soledad y las prohibiciones a cualquier afecto ("el corazón sólo conservará su vida en el exilio a todas las criaturas")⁵ vemos que para las hermanas la vida permanece como un gran valor: hay una verdadera fuerza resplandeciente, generosa, una singular capacidad de dejar fluir en sí, sin alterarse, las miserias de la obligación y la doctrina. Pero esto no lo causaba un rechazo cualquiera o alguna especie de resistencia: se sometían absolutamente, pronunciaban las palabras, frecuentemente anodinas, que tenían obligación de pronunciar, practicaban todo el abanico de mortificaciones. Participaban enteramente de la doctrina; la habían elegido y a ella se adherían, la amaban. Varias permanecieron, no obstante, intactas: como si la realidad y las exigencias de la vida a final de cuentas se impusieran y transmutaran las adversidades y las cadenas.

Esto que alego parecerá, y sé cuánto, sorprendente. En efecto, pongo de antemano las capacidades de la vida. Ahora bien, es un hecho, y el bello trabajo de Odile Arnold lo muestra suficientemente, que esas religiosas estaban principalmente ocu-

padas de la muerte. De la de los demás, a quienes socorrían y ayudaban a atravesar el temible paso. Pero se hallaban, y constantemente, ocupadas por su propia muerte; esta muerte envidiable, deseada, largamente preparada era el horizonte de vida con eventual. La hecatombe de jóvenes, muy jóvenes muchachas, apenas antes o justo después de su entrada a la vida religiosa, es uno de los puntos trágicos de este libro. En aquella primera mitad del siglo la muerte era omnipresente. Este hecho puede y debe analizarse desde un punto de vista histórico médico. Entonces estaba en pleno desarrollo la gran pandemia de tuberculosis. Los grandes desplazamientos de hombres y poblaciones durante la Revolución y el Imperio habían comenzado a propagarla. La consecuencia iba de la mano con todo el ciclo de emigración masiva que se desarrollaba, llevando a los habitantes más pobres del campo, ya portadores de gérmenes, hacia las ciudades en donde la creciente industrialización los llamaba al trabajo, a la esclavitud, a la muerte precoz. Más de lo que en general se cree, las gentes jóvenes de las familias acomodadas pagaron el precio —por contagio de las criadas y gentes de servicio— de esta gran guerra socio-biológica.

La omnipotencia de la muerte, no solamente sobre los cuerpos sino también sobre los espíritus, proviene además de otras categorías y análisis. Porque ese tiempo fue, desde el punto de vista de la historia de larga duración, moral, cultural, mental, el de los fascinantes seres prestigiosamente desaparecidos muy jóvenes. ¿Es necesario hacer aparecer sobre estas líneas las penetrantes y poéticas figuras de Saint-Just, el duque de Enghien, Géricault, Pouchkine, Schubert —de muchos otros y... de una Dama de las Camelias?

Uno no puede dejar de ser sensible, además, al lóbrego imperio de la muerte del que probablemente tenía huella el espíritu de las jóvenes religiosas; más cuanto los episodios del periodo del Terror estaban aún próximos en la memoria, los relatos y la historia de las familias. De este agobiante pasado llegaban los llamados suplicantes, ya de expiación, ya de solicitud, por lograr una firmeza constante o rebasar el desprecio a la muerte. Este libro narra un episodio que ilustra claramente la fuerza de ese choque emotivo en una joven: impactaba por el valor de las religiosas que subieron al cadalso frente a ella, extrajo de ahí la energía para realizar su vocación.⁶ La existencia propia y la actividad desplegada como superiora se convirtieron en este caso, además, en valores de vida y alegría; pero con la intención constante de no perder la proximidad, la familiaridad con la muerte.

Conviene evocar todavía más (como lo ha hecho Musset al inicio de sus *Confesiones de un niño del siglo*), la muerte de tantos jóvenes en los estruendosos campos de batalla de la época revolucionaria, y luego de la napoleónica. Así pues, al leer este libro, veremos ingresar a la muerte con osadía, con éxtasis, con una fuerza épica de sacrificio a adolescentes de dieciséis años, a jóvenes religiosas de dieciocho, veinte o veintidós años; eran las hermanas, las primas, en ocasiones las hijas

La hecatombe de jóvenes, muy jóvenes muchachas, apenas antes o justo después de su entrada a la vida religiosa, es uno de los puntos trágicos de este libro.



*En sus largas agonías, dramáticas,
heroicas, cuando hacían prueba
de firmeza, de fe iluminada, no
era el espíritu el que estallaba en
apoteosis únicamente, ni sólo el
lenguaje del alma quien
tintineaba.*



de los audaces guerreros engalanados, tan arrojados, tan copiosamente muertos. A su manera, ellas rivalizaron con ellos en bravura y ostentación. Frecuentemente, se diría, los igualaron.

En sus largas agonías, dramáticas, heroicas (se leerá en los desgarradores relatos), cuando hacían prueba de firmeza, de fe iluminada, no era (contrariamente a la doctrina de la separación del alma y del cuerpo en la cual creían inscribir su experiencia última) el espíritu el que estallaba en apoteosis únicamente, ni sólo el lenguaje del alma quien tintineaba. Ciertamente el cuerpo tomaba parte en esos espectáculos alucinantes de la muerte. Por él, con él, ellas ocupaban el espacio y, dejando el cuerpo perdido, ponían en escena una fiesta del alma: en fuegos artificiales el cuerpo se consumía.

Hay en todo eso una especie de júbilo (peligroso ciertamente, excesivo, tórrido) de la muerte. Hay también, una vez terminados los años de tumulto posteriores a 1815, un como reto lanzado a la triste mediocridad de los nuevos tiempos; los tiempos de la tienda, el cálculo y las nimiedades políticas.

Para otros este heroísmo de fe se explica más bien por una disposición de amor, de calor, de transparencia, en que se conjugan grandeza y perfecta simplicidad en una constante tonalidad de júbilo sereno o, igual, de fantasía. Gustará el episodio de una madre superiora que, con una magnífica alegría realizó una fiesta para procurarse con buena anticipación su sepulcro; no se privó luego de dormir en él y de escribir sobre él las palabras maestras de su alegría de vivir y de su alegría, también, de morir. Esta historia, así como muchos otros hechos particulares que trae a cuento este libro, nos enseñan a reconocer en tales seres una relación fecunda con la vida y la muerte; en ellas ambos términos, lejos de excluirse, se alían o se aparean, se mantienen en continuidad.

Y este argumento me resulta suplementario para afirmar que fue esa inclinación de espíritu de ciertas hermanas la que encontró el antídoto para los venenos infundidos en la vida religiosa y especialmente en los conventos por las pulsiones mórbidas, e insidiosos avance de las vanidades del siglo, las frivolidades de una teología desesperante, una Iglesia crispada y la deriva de la época.

Muchas páginas de este libro permiten constatar que esos venenos hicieron estragos sobre muchos espíritus trastornados, sobre muchas vidas sacrificadas, pudriendo o igual arruinando la fe de ciertas religiosas. Pero es necesario hacer notar, en contraparte, la permanencia de fuerzas simples y —ésta es la palabra— naturales, que al mismo tiempo, tras los mismos muros pudieron mantener una especie de equilibrio y salvar la otra vertiente. Y parece claro que algunas de esas mujeres favorecían, con su influencia, ese equilibrio. No solamente de su espiritualidad más madura provenía tal don, su causa fue en mucho un sentimiento muy inmediato y familiar concerniente a los valores ingenuos de la vida y las exigencias de una comunidad donde la existencia diaria imponía disposiciones prácticas, porque, cualquiera que hayan sido la modestia, el renunciamento, la piedad

o la oblación deseadas, eran igualmente necesarios comer, dormir y vestirse: revancha de la humilde cotidianeidad, y, reiterando, tenacidad de los poderes vitales.

Finalmente, el intenso trabajo de Odile Arnold nos parece tan atractivo porque nos cuenta ese mundo (a la vez extraño y familiar, lleno de vida, abundante de hechos), nos encanta con menudos detalles concretos, hace salir del fondo olvidado de folletos polvorientos los acentos de voces íntimas. Hay escenas, gestos, réplicas, y hasta voces de niños. Están todas esas vidas oscuras (no, yo no diría "las humildes violetas". . .) de las cuales se nos dan las sombras o fragmentos. Todo eso es re-trazado, interrogado, comprendido con exactitud, minucia y una simpatía muy profunda.

En realidad lo que está en juego en este estudio, sobre un objeto que no había sido tomado en cuenta hasta hoy por los trabajos de investigación de este tipo, es que la restitución de una realidad pasada, despejada gracias a un método histórico propicio, desemboca en un verdadero bosquejo de etnología de la vida conventual. El importante conjunto de memorias y biografías sobre el cual se funda el trabajo es tratado, de hecho, como una colección de encuestas etnográficas de las que escuchamos, entre líneas, por las flexiones del lenguaje vernáculo propio del discurso religioso de la época, la voz un poco lejana y velada de aquellas animadas mujeres ya desaparecidas, que la publicación deja a nuestro escuchar inquieto y abierto. Y no es el menor interés del libro el permitirnos reflexionar sobre el estatus de esos relatos, biografías que poseen un estilo tan particular. ¿Quién habla así en nombre de los muertos y modela su rostro de santidad? ¿Por qué, cómo esos bordados húmedos alrededor de ellas, el tono devoto, las cursilerías? Esos ornatos ¿quién los ordena? ¿qué nos dicen de esas mujeres reales a las que envuelven y ocultan? Esta distancia, ese rodeo que los testimonios llevan en sí, es una oportunidad para el historiador, para el lector, de aprender a leer entre líneas.

Queda, por último, comenzar la apasionante aventura que será esta incursión hacia el otro lado de las pesadas puertas.

Notas:

1 Cfr. sobre esta cuestión J.P. Peter, "Les médecins et les femmes", en *Misérable et Glorieuse, la Femme au XIXe siècle*, colectivo presentado por J.P. Aron, Paris, Fayard, 1980.

2 *Vida de Mme Genyer*, 1858, p. 79, Cfr. capítulo III, 2.

3 D. Graglia, *Instructions spirituelles (. . .) pour les soeurs de Charité*, 1884, p. VII, Cfr., capítulo VI, 4.

4 *Directoire spirituel des religieuses de la Nativité*, 1832, p. 279, Cfr. capítulo VII, 3.

5 *Constitution pour les religieuses de Sainte-Marie-Madelaine*, (31), 1832.

6 *Mère Saint-Jean*, Cfr. capítulo I, 2.

El intenso trabajo de Odile Arnold nos parece tan atractivo porque nos cuenta ese mundo (a la vez extraño y familiar lleno de vida, abundante de hechos).